

PIDIENDO LA CONSERVACION

DE LA UNIDAD RELIGIOSA.

No permitas, Señor; que en los altares
 Donde te dieron culto mis abuelos,
 Donde hallaron alivio á sus pesares
 Y á cuyo pié sus miembros fatigados,
 Cuando la vida huyó cual humo leve,
 Durmieron confiados
 De tu piedad bajo la augusta sombra,
 Vengan estraños dioses á erigirse,
 Dioses que con horror el labio nombra!
 Ampárenos tu fé cual tienda fuerte
 Plantada en las llanuras del desierto,
 Y haz que su brillo santo
 De faro bienhechor nos sirva en tanto
 Que del sepulcro vamos hácia el puerto.

1856.

CÁNTICOS

Á MARÍA SANTÍSIMA.

I.

La Espectacion.

A la afligida tierra en el Oriente
 Ha de lucir estrella precursora
 Del bello sol de la eternal justicia.
 ¡Oh dulcísima aurora
 Que harás de los mortales la delicia!
 En tí espera ferviente
 Para salir del yugo del pecado
 La raza humana de tu luz pendiente.
 Apresura el instante deseado:
 Brote de la raiz de Jessé pura
 La flor de casto y virginal aroma:
 Nazca ya la doncella
 Tipo de fortaleza y hermosura,
 La de labios cual cinta de escarlata,
 La de los dulces ojos de paloma,
 Pena y terror de la serpiente ingrata.
 ¡Oh cuánto tardas, cuánto

En enjugar con mano compasiva
De los hijos de Adam el triste llanto!
Allégate á nosotros, que en tu seno
Con misterio profundo,
El Dios del huracán, el Dios del trueno,
Ha de habitar para salvar al mundo.

II.

La Inmaculada Concepcion.

El Sér Omnipotente cuya mano
Cielos y tierra y mar formara un dia,
Y que al linaje humano
En justa pena de la culpa impía
De nuestros padres, condenó á la muerte
Y á nacer miserable
En la funesta condicion de esclavo,
Para dar una muestra señalada
De su alta estima á Aquella en cuyo seno
Debe albergarse por salvar al mundo,
Hizo que toda fuese Inmaculada,
Vaso de gracia lleno,
De la impureza original exenta,
Terror y pasmo del dragon inmundo
En quien su planta poderosa asienta.
¡Alto honor, suma gloria
Concedida á la humana criatura!
Perdió el pecado su fatal victoria
Y el dulce imperio de la paz augura
Al mundo estremecido de alegría
La Concepcion sin mancha de María!

III.

El nacimiento de María.

Encenagado en el placer y el vicio
El mundo ingrato, ya en olvido pone
Del Gólgota el sangriento sacrificio.
Sangre del Hombre-Dios ¿serás perdida?
Un tiempo á la rebelde
Generacion que perdonó el diluvio
Y que en Sennar despues dispersó el cielo,
Como en señal de alianza,
Alba risueña de dichoso dia,
Estrella de esperanza,
Madre de un Dios, apareció María.
¡Salva de nuevo al mundo,
Oh dulcísima Virgen amorosa!
Prende en todos los pechos llama hermosa,
Llama de amor divino.
Esos funestos lazos que al humano
En el vicio retienen, presto rompa
Tu poderosa mano.
Nueva señal de perdurable alianza
De la tierra y el cielo,
Con maternal anhelo
Hoy el perdon del pecador alcanza!

IV.

La Anunciacion.

La apetecida hora
En que Dios á la tierra bajar debe
A redimir al hombre del pecado,

Al cabo suena en el reloj del cielo.
Gabriel se postra y reverente adora
Al Santo de los Santos, y en seguida
Viene á la tierra, mensajero alado,
Y en Nazareth suspende el raudo vuelo.
La Virgen escogida
Para Madre del Verbo sus palabras
Oye con sumo gozo y fe profunda,
Y de Dios el espíritu la inunda,
Y al suelo inclina el cándido semblante
Bello cual rayo de la luz febea,
Y dice al ángel con acento humilde:
"En mí cumplida tu palabra sea."

¡Oh mundo afortunado,
Gózate en tu alegría,
Porque el Rey de los cielos ha encarnado
En las entrañas puras de María!

V.

María recibiendo el cadáver de Jesus.

El blanco cuerpo ensangrentado, inerte
Del Redentor Divino,
Adorable despojo que la muerte
Lega á la tierra por su Dios salvada,
Desprenden los discípulos piadosos
De lo alto de la Cruz enarbolada,
Y en sus matern.os brazos amorosos,
Sumida del dolor en la agonía,
Lo recibe y lo estrecha
Contra el rasgado corazon María.

Contempla sus facciones adoradas,
Cierra los yertos ojos cristalinos
Con blanda mano, y del cabello quita
Los bárbaros espinos;
Y una vez y otra vez la faz bendita
Besa, y las llagas del sagrado cuerpo
Toca y besa tambien, y á su memoria
Viene el infante de Belem cercado
De los ángeles puros de la gloria;
Y tras la imágen de tan bellos dias
Viene de su pasion la triste escena,
Y el golpe del martillo que taladra
Sus piés y manos en su oído suena,
Y las voces impías
Con que el deicida pueblo le escarnece,
Y el último gemido
Que al entregar el alma dió el Ungido,
Y su dolor incomparable crece.

¡Oh Madre, oh Madre mia!
Dame que goce de los altos bienes
Que compró con su sangre para el mundo
El Hijo muerto que en tus brazos tienes!

VI.

María, madre de los hombres.

Quando iba ya á cerrar sus dulces ojos
Mi Redentor, en afrentoso leño
Clavado por la mano de los hombres,
Antes de darse al sueño
De la muerte feliz que al mundo salva,

Prenda de su alto amor y de su amparo
 Y en la noche sombría
 De aquesta vida luminoso faro
 Que nos indica el cielo,
 Por madre amante nos dejó á María,
 Símbolo de esperanza y de consuelo.
 "Hé ahí á tu madre" dijo
 Al discípulo amado, y desde entonces
 Todo sér que derrama triste llanto
 Acude á ella en su dolor profundo,
 Y asido de su manto,
 El perdon y la gloria aguarda el mundo.

VII.

El Tránsito de María.

Ya cerrada la tumba
 Que el cadáver contiene de María,
 Tomás llega á Salem, y lloro ardiente
 Sus ojos derramaban,
 Pues no se halló presente
 De la Madre de Dios en la agonía,
 Ni recogió su postrimer suspiro,
 Ni besar pudo sus divinas plantas
 Cuando el alma sin mancha en raudo vuelo
 Se hubo elevado á las regiones santas.

Movidos de su pena
 Le llevan los apóstoles al punto
 Adonde el cuerpo está, blanca azucena,
 Quitan la piedra con piadoso anhelo
 Y hallan el lecho fúnebre vacío,

Y únicamente el velo
 Con que envolvieron el cadáver frío,
 Y ricas en perfume y en colores
 Y sin doblar la frente
 Las naturales flores
 En que lo recostaron blandamente;
 Y recogidos oran,
 Y aquella abandonada tumba adoran.

Tú, poderoso Dios, no permitiste
 Que el vientre casto en que á morar veniste
 Para hacer al demonio cruda guerra
 Salvando al hombre, en el sepulcro fuese
 Pasto de los gusanos de la tierra;
 Y, á tu augusto mandato,
 En invisible vuelo,
 Llenando el aire de su aroma grato,
 El cuerpo santo trasladóse al cielo.

VIII.

María, Puerta del cielo.

Pecador infeliz que encenagado
 Vives para tu muerte
 En el fango asqueroso del pecado;
 Si algun dia temiste por ventura
 No hallar misericordia
 De parte del severo Juez que airado
 Se apresta á castigar su misma hechura,
 Y dando entrada al desaliento triste
 Y á los cielos mirando,

“Ya para mí no hay salvacion” dijiste,
 Las horribles cadenas remachando;
 Acude, acude á aquella
 Celestial y purísima doncella
 Que al humanado Dios llevó en su seno
 Y que, eterna abogada
 De la raza de Adam, sobre nosotros
 Fija tiene dulcísima mirada
 Y apaga el rayo de la fuerte mano
 Llena hácia tí de compasivo celo,
 Que no la Iglesia la apellida en vano
 Madre del pecador, Puerta del cielo.

IX.

María, Estrella del mar.

¡Salve, Estrella del mar! Tu luz divina
 Con apacibles rayos el sendero
 De esta vida mortal nos ilumina,
 Nos aparta de falso derrotero.
 Cuando en el cielo oscuro de Judea
 Brillar hiciste tu fulgor primero
 A la atónita vista del creyente,
 Se prosternó la gente
 Y al mirarte exclamó: “Bendita sea.”
 Lleva nuestra existencia, combatida
 De bastardas pasiones,
 Do se halle guarecida
 Bajo el divino amparo. ¡Oh Virgen Santa!
 Para que no zozobre

En este mar mi navecilla pobre,
 Desde el presente día
 Ha de seguir la estrella que me encanta.
 ¡Salve, Estrella del mar! ¡Salve, María!

X.

HIMNO

**para las niñas que ofrecen las flores de Mayo, al
 terminar el mes de María.**

CORO.

Las flores del campo ya seca el estío;
 Las flores del alma jamas morirán,
 Pues riega sus hojas celeste rocío
 Y á tí consagradas ¡oh Virgen! están.

ESTROFA 1ª

Madre del Dios humanado,
 Rosa de mística esencia,
 De manos de la inocencia
 Recibe con dulce faz,
 Y en justo agradecimiento
 De tus divinos favores,
 El canastillo de flores
 Que ponemos en tu altar.

ESTROFA 2.^a

Con ellas los corazones
Que á tu santo amor se dieron
Y esclavos tuyos se hicieron,
Tambien están á tus piés.
Acógelos ¡oh María!
Y jamas los desampares:
Blanca Estrella de los mares,
Tú nuestra esperanza sé.

CORO.

Las flores del campo ya seca el estío;
Las flores del alma jamas morirán,
Pues riega sus hojas celeste rocío
Y á tí consagradas ¡oh vírgen están.

1856.

EL NACIMIENTO DE JESUS.

Turba el silencio de la noche oscura
Desconocida y súbita armonía:
Clama una voz de celestial dulzura
En la region del aire "hosana, hosana!
Porque el Autor del dia,
Príncipe de la paz, Padre admirable
De los siglos futuros,
Ha nacido á salvar la raza humana."

Del ángel á la voz, en su cimiento
Conmuévase la tierra de alegría;
De las viñas de Engaddi brotan flores;
Calla de los oráculos paganos
El mentiroso acento;
Huyen á refugiarse en la sombría
Morada del terror los dioses vanos,
Y su soberbio templo se desploma
Del rayo herido en la opulenta Roma.

En tanto, los pastores
De alma sencilla y corazon amante,
Adoran á su Dios reciennacido
Con respeto profundo,
Y, humildes como son, de allí se alejan
A dar la nueva de la paz al mundo.

1856.

LA HUIDA A EGIPTO.

Aquel Señor que en su poder sin tasa
 Dió sér al hombre, luz á las estrellas
 Y al orbe movimiento,
 Niño tierno en los brazos de la Madre,
 Para librarse del puñal sangriento
 Del implacable Herodes, la Judea
 Desvalido abandona,
 Espuesto al rayo de la luz febea
 Que ardiente brilla en la abrasada zona.

¿Porqué tanta humildad, Rey de los cielos?
 Al verte perseguido
 Por la injusticia de tu misma hechura,
 Un solo rayo de tu fuerte diestra
 Pudo en aquel momento
 Dejar el mundo á escombros reducido
 Y su ceniza dispersar al viento.

1856.

LA ENTRADA DE JESUS EN JERUSALEM.

Jerusalem, ciudad de los profetas,
 ¿Porqué te vistes de alegría y gala,
 Y se agolpa á tus muros
 La multitud, ó tiende en el camino
 Que hácia Bethania guía,
 Palmas y mantos, y á Jesus aclama
 Del tronco de David preciada rama,
 Rey inmortal de la nacion judía?
 Se abren las altas puertas
 Del templo de oro y cedro, y resplandece
 En su recinto oscuro,
 Como la luz del sol en la mañana,
 Bello el semblante majestoso y puro
 Del Santo de Israel. . . La turba, ufana,
 Nuevas palmas le arroja, y se estremece
 La ciudad á la voz de "hosana, hosana!"

¡Hosana al Rey del cielo
 Que con amor profundo
 Ha descendido al suelo
 Para salvar al mundo
 Y abrirle los alcázares
 De la perpetua luz!

Salem hoy le festeja
 Con palmas y alegría;
 Mas, pérfida, apareja
 Para matarle impía,
 En el vecino Gólgota
 El árbol de la Cruz.

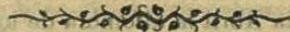
¡Miserable ciudad! ¡Oh cuántas veces
 De su amor con el ala
 Te quiso proteger el Rey del cielo
 Como protege el ave á su polluelo!
 Mas tu ceguera y tu maldad acreces
 Y su mision augusta desconoces,
 Y conviertes las palmas
 En látigo sacrílego, y las voces
 Con que su entrada saludaste un dia
 En gritos de furor con que impaciente
 Pides la muerte del varon sublime
 Que hasta en la cruz tu salvacion desea
 Cuando apenado gime.—
 “¡Oh! ¡Que su sangre caiga eternamente
 Sobre la faz de la nacion hebrea!”

¿Dó estás, Jerusalem? ¿Dó están los muros
 Que á Tito detuvieron unos dias?
 Miro brillar las águilas romanas
 Sobre el altar sagrado
 En que al cielo la víctima ofrecias;
 Miro el templo arrasado,
 Tus palacios y casas por el suelo;
 Tú en silencio profundo

Y tus hijos dispersos y malditos
 En la estension del mundo!

Tú en el Amado del Señor pusiste
 Sacrílegas tus manos:
 De tu ruina el hacedor tú fuiste.
 ¡Aprended de Salem, pueblos cristianos!

1857.



JUEVES SANTO.

LA PRIMERA COMUNION.

A mi amigo el Sr. D. José Joaquín Pesado.

Esmalta Abril la alfombra de los campos
 Con muchedumbre de variadas flores:
 Corre sonando el cristalino río
 Entre las verdes cañas,
 Y el sol en azulado cielo brilla
 Derritiendo la nieve en las montañas;
 Y al estruendo que forman los torrentes
 Huyen las aves al tendido llano,
 Y anuncia desde allí su lengua arpada
 La próxima llegada
 De la estación hermosa del verano.

¿Porqué el metal sonoro
 De la sencilla torre de la aldea,
 Que asoma allá tras el copado roble
 Y brilla al recibir la luz febea,
 Su voz entrega al matutino viento?

El labrador los prolongados surcos
 Abandona al oír el grato acento;
 Viene hácia el templo, en su bordon nudoso
 Apoyado, el anciano venerable;
 Viene el mancebo hermoso;
 Vienen las bellas jóvenes, ufanas
 De su ropaje con el nuevo aliño;
 Dando gritos de gozo, pequenuelo,
 Colgado de la mano de su abuelo
 Viene también el inocente niño.

Brilla la cera en el altar, y ondea
 Su llama al viento que el perfume esparce
 De los campos vecinos:
 Su vista el ave tímida pasea
 Desde el alta cornisa,
 Donde hace oír sus caprichosos trinos:
 Entre las blancas nubes del incienso
 Aparece el augusto santuario:
 Oran allí sin distinción alguna
 El triste proletario
 Y el amo á quien protege la fortuna.
 Súbito el sacerdote revestido
 Del alba pura, ante las aras llega;
 Resuena la sonora campanilla
 Que á los creyentes á la Mesa llama:
 El pueblo conmovido
 Va á recibir el místico alimento,
 En que el Dios de los cielos ha querido
 Darse al mortal... ¡Oh rey del firmamento,
 A quien eterna aclama
 La ronca voz de los inmensos mares!
 Tú con la luz de tus divinos ojos

Prestas al sol su refulgente llama:
 Descuajando los cedros seculares
 El huracan anuncia tus enojos:
 Tú en las tardes bellísimas de Mayo
 Velas en nubes el sereno cielo:
 Tú desatas el rayo
 Que allá en el horizonte,
 Surco de luz sobre el opaco velo,
 Asusta el corazon é incendia el monte;
 Y á visitar te humillas
 El corazon del hombre miserable,
 Y en su recinto tenebroso brillas,
 Donde el pecado tuvo largo asiento,
 Y sus dolencias curas y le infundes
 El soplo vigoroso de tu aliento!
 Tiende, Señor, benigna tu mirada
 Sobre aquestos sencillos labradores,
 En cuyo corazon tienes morada.
 Haz que del huerto las fragantes flores
 No destruya el granizo: fruto opimo
 Lleguen á producir: que la ebaña
 Que á sus pequeños hijos presta arrimo,
 Respete el aquilon: la alta montaña
 Su ponderoso alud jamas desprenda
 Sobre las mieses que á su pié cultivan:
 Que de tu amor la bendecida senda
 Nunca abandonen ellos mientras vivan!

Pero ¡qué niña hermosa
 De albo traje vestida,
 La sien de frescas rosas circuida,
 Con presurosa planta
 A la Sagrada Mesa se adelanta?

Es la mas bella del lugar, Irene:
 Pura como la flor de la pradera,
 Hoy por la vez primera
 A recibir en sus entrañas viene
 Al Dios del cielo que á los niños ama.
 Su corazon sencillo,
 Dormido aún para mundano afecto,
 En el afecto celestial se inflama:
 En su apacible rostro irradia el brillo
 De la luz de la gracia, y cuando siente
 Que el Señor de los cielos la visita,
 Al suelo inclina la modesta frente,
 Su corazon de júbilo palpita,
 Los brazos cruza, enternecida llora,
 Y fervorosa por sus padres ora!

Consagra, sí, consagra las primicias
 Del corazon al cielo,
 Hermosísima Irene, que mas tarde
 El sol de aquesta dulce primavera
 Se ha de nublar. Cuando en tus labios muera,
 Lleno ya el corazon de desconsuelo,
 Esa franca sonrisa;
 Cuando se oculte el brillo de tus ojos
 De lágrimas amargas tras un velo,
 ¿Quién calmará el dolor de tus entrañas?
 ¿Quién al traves del turbulento oceano
 Del mundo en que vivimos
 Te ha de llevar ¡oh Irene! de la mano?
 ¿Quién nos ha de volver lo que perdimos?
 ¿Quién ha de dar al corazon la dicha
 Que alcanzar en la tierra anhela en vano?
 Solo ese Dios á quien de niña adoras

Y á quien alberga tu inocente pecho:
 Él, cuando espire el día de tu vida,
 Mientras tu bella forma
 Dejas guardada en el sepulcro estrecho,
 Con ropaje mas cándido vestida,
 Y de inmortales rosas coronada
 Te ha de llevar, Irene, á su morada;
 Y al recordar que se hospedó este día
 En ese pecho inmaculado y tierno,
 Sus labios te dirán: "Esposa mia,
 Ven á sentarte en el festín eterno."

1854.

VIERNES SANTO.

El templo está sombrío: negro velo,
 Emblema de profundo desconsuelo,
 Cubre el sagrado altar,
 A cuyo pié la multitud devota
 Se allega silenciosa, el alma rota
 Por intenso pesar.

Ya no resuena el órgano sonoro
 Ni el aire puebla en armonioso coro
 De los fieles la voz.
 Tristes del sacerdote los acentos
 Nos infunden solemnes pensamientos:
 Va á morir nuestro Dios.

Fuera del templo Abril adorna el prado,
 Y de aromas el céfiro impregnado
 Oimos susurrar,
 Cual si natura fuese indiferente
 A la angustia del Ser Omnipotente
 A quien ve agonizar.

Qué ¡en otro tiempo en Jericó las rosas
 No inclinaron sus frentes ruborosas
 Sin vida ni esplendor?

Qué, ¡las palmas de Siria en el arena
No arrastraron marchitas su melena
Cual suelen al calor?

Y ese sol cuyo rayo esplendoroso
La creacion alumbró ¡misterioso
No se nubló tambien
Cuando en la cruz el Justo perecia
Y sus ejes la tierra estremecia
En rápido vaiven?

Pero ¡silencio! En actitud doliente
Ya se prósterna la cristiana gente,
Porque la voz oyó
Del pastor que murmura con tristeza:
"Y Jesus, inclinando la cabeza,
Su espíritu entregó."

¡Oh! Cuánto hay de poético y sublime
En ese pueblo que contrito gime
Al pié del santo ¡altar!
¡Cuán dulce es la memoria de quien vino,
Movido solo de su amor divino,
El mundo á rescatar!

Hijos de Adam, á la miseria y pena
Y á llevar para siempre la cadena
De horrible esclavitud,
Nos vimos condenados desde el dia
En que manchara la serpiente impía
De Eva la virtud.

Movido Dios de compasion inmensa,
Quiso ofrecer de tan enorme ofensa
Su sangre en expiacion,

Abriendo así á los pobres desterrados
Los supremos alcázares dorados
De la inmortal Sion.—

Y tu sangre en el Gólgota vertida,
Para esta multitud que conmovida
Gime ¡inútil será,
Como el rocío á las silvestres flores
Que del calor de Agosto á los rigores
Se marchitaron ya?

¡Seremos la zizana que ha brotado
De tu heredad en el jardin cercado,
Y que en el dia postrer
Ha de segar tu mano soberana,
Libre para dejar la vid lozana
Que supo florecer?

¡No! Si altares idólatras alzamos
A los vicios, y necios te olvidamos,
De nuestras almas luz,
Hoy, humillando la manchada frente,
Pueblan nuestros sollozos el ambiente.
¡Perdónanos, Jesus!

ADAM AL PIE DE LA CRUZ.

(FRAGMENTO.)

Siglos despues se encaminó á la cumbre
Despoblada del Gólgota sombrío,
Siguiendo á un reo, inmensa muchedumbre.

Se aproximaba el riguroso estío:
Calcinaba la roca el sol vibrando,
Y en el llano agostó la flor y el río.

Sobre sus hombros con afán llevando
Pesada cruz, el Redentor subia,
Sangre y sudor del rostro goteando.

Ya va á romperse la cadena impía
Que á los míseros pueblos aprisiona:
Luciendo está de redención el día.

Tu amor al hombre su mision corona;
El justo enojo de los cielos calmas;
Su canto el ángel del perdon ya entona.

En el oscuro Limbo están las almas
De verte deseosas, y en la tierra
A tí levanta el infeliz sus palmas.

Brille la luz que la tiniebla aterra,
Y el sacrificio al consumir, se asiente
La paz en las ruinas de la guerra.

¡Dios ha espirado! el sol resplandeciente
Ensangrentado ó lívido se esconde:
Braman las olas de la mar hirviente;

A su bramido el huracan responde:
El velo se rasgó del santuario;
Huye la turba sin saber adonde.

Se abre la tierra y el callado osario
Dejan los muertos y en silencio triste
Lentamente caminan al Calvario.

De tinieblas el mundo se reviste:
Allá al pié de la cruz la Madre, en tanto,
Al Hijo muerto lagrimosa asiste.

Cercano oyóse lastimero llanto,
Y al viejo Adam arrodillado vieron,
El ánima transida de quebranto.

Hácia Cristo sus brazos se estendieron,
Y, al contemplar la sangre que corria,
Sus miembros de terror se estremecieron.

Cárdeno el horizonte se entreabria
Y, una tras otra, mil generaciones
Allá asomar en confusión veía.

Con su larga cadena de aficciones
Atravesaban todas, vomitando
Contra su mismo padre imprecaciones.

La vista entonces á Jesus tornando,
Que en la cruz yace ensangrentado y frío,
Hiérese Adam el pecho así clamando:
“¡Piedad del pecador! ¡Piedad, Dios mio!”

1849.

CÁNTICO DE EVA
AL PIÉ DE LA CRUZ.

(KLOPSTOK.)

A mi amigo el Sr. D. Tomás Ruiseco.

Cerca la cruz del Redentor del mundo
El pueblo en agitada muchedumbre,
Y la region de la celeste lumbre
Por el Calvario el séráfin dejó.
Mas nadie iguala en su dolor á Eva
Salida del sepulcro do yacía:
Su frente humilla hasta la tierra fría,
Tumba que á su linaje recibió.

La que su frente al despertar ciñera
De la inmortalidad blanca aureola,
Desaparece ante el dolor que hirióla
Contemplando la muerte de su Dios.
Al traves de las sombras del sepulero
Por ella largos siglos habitado,
Recuerda su memoria lo pasado,
Y á Cristo clama en lastimera voz: